

¡Luchar, sufrir, vencer, caer de hinojos
Por místicos despojos
Convirtiendo la historia en poesía!

Esa es la vida, armónica y hermosa,
No la lid tormentosa
En que hoy luchamos por mezquinas palmas:
Hoy corre de lo físico el reinado,
Mientras ese pasado
Fué el poético reino de las almas.

En ese noble tiempo haber vivido
Muy bello hubiera sido
Para seguir el popular empeño,
Y partir de la vida los ardores
Entre Dios, lid y amores,
Como habitando el mundo del ensueño.

¡Cuán artístico y grande haber tomado
El manto del cruzado
Y, tras proezas de eternal memoria,
Haber librado con la invicta espada,
La Sión suspirada,
Tierra de la piedad y de la gloria!

¡Y por siempre dormir, el ruido extinto,
Del templo en el recinto,
Y de la nave ojiva en los arcanos,
Cual absorto en hermoso y dulce anhelo,
Con la faz vuelta al cielo
Y la cruz de la espada entre las manos!

UN HEROE

POEMA

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
FARMACIA Y QUIMICA

A ANTONIO ZARAGOZA

Homenaje de afecto fraternal.



ESTE poemita fué publicado por primera vez en la ciudad de México, el año de 1882. Al emitir juicio sobre él algunos diarios de la Capital, aunque favorecieron su versificación con bondadosos elogios, que obligaron mi gratitud profundamente, apuntaron la idea de que su argumento estaba tomado del JOCELYN de Lamartine. Estupefacto me dejó aquella afirmación, pues hasta entonces no había leído dicho poema, como creo que los relacionados periodistas no lo habían leído tampoco.

La curiosidad de hacer comparaciones, juntamente con el deseo de saborear las bellezas de esa joya de la literatura francesa, hicieronme consagrarme posteriormente á su lectura; y grande fué mi asombro al encontrar que no había semejanza alguna entre las dos concepciones.

JOCELYN es el poema del amor; el del perdón que sería ser UN HEROE.

Lamartine pinta la pasión de un seminarista que, arrojado á las montañas por la Revolución, se enamora

En la cuenca del sacro Tiberiades.
 Cuando, en lo antiguo, la familia humana
 Caminaba sin brújula ni guía,
 La barbárie, del mundo soberana,
 Sobre escombros fundó su tiranía.
 Vénus conquistadora y deslumbrante,
 De Marte unió sus gracias al espanto,
 Y por la tierra paseó triunfante
 Su pendón de vergüenza, muerte y llanto.
 Los hombres consagrados á sí mismos,
 Buscando en el placer dicha mentida,
 Arrastraban la vida
 Del vicio por los lóbregos abismos. . . .
 Fué menester entónces que del cielo
 Bajara un rayo puro,
 Que viniese á rasgar el velo obscuro
 De sombra espesa que enlutaba el suelo.
 Entónces comenzó la luminosa
 Ascensión del mortal del lodo inmundo,
 A la región radiosa;
 Marcha eterna y grandiosa
 Que al bien y al ideal prosigue el mundo.
 Rugieron enfrenadas las pasiones,
 Del lodo se formó la primavera,
 De castas ilusiones
 Nació en la mente el alba lisonjera,
 Y el egoísmo impuro del pasado
 En santa abnegación se vió trocado.
 Ya en Salem el agosto Nazareno
 Sus enseñanzas con su sangre sella,
 Y, á su dulce reclamo, deja el cieno
 El mundo, y sigue su esplendente huella. . . .

El antiguo mataba en su agonía,
 Lanzando al espirar el fiero insulto;
 Pero de la grandeza llegó el día,
 Y del cuarzo salió el cristal oculto.
 Nuevos hombres, el vicio ya vencido,
 Corrieron á la muerte, presentando
 El pecho de perdón y amor henchido,
 Y, víctimas del crimen y el encono,
 Clamaban espirando.
 ¡PERDÓNALES, SEÑOR, CUAL LES PERDONO!
 Los apóstoles llevan cual sol nuevo
 La evangélica lumbre
 A las gentes, y, en célico delirio,
 Dan á la muchedumbre
 Este bien, esta luz, esta esperanza,
 A costa de su sangre y su martirio.
 Nada su paso estorba,
 Nada su ánimo abate,
 Desdeñan la ventura y el sosiego,
 Y entran de luz armados, al combate,
 Menospreciando el Circo, el hierro, el fuego.
 Desde ese tiempo nuestra pobre historia
 A los cielos se encumbra,
 Y cual rayo de gloria,
 La caridad sobre la tierra alumbra.
 ¡Caridad, llama pura,
 Del pagano virtud desconocida,
 Eres planta sagrada,
 Al pié bendito de la Cruz nacida,
 Y con la sangre de Jesús regada!
 Sólo á tu influjo fórmase en la tierra
 La ventura que el cielo ve propicio;

Por tí de las pasiones á la guerra
 Suceden el amor y el sacrificio:
 Eres el eje místico, luciente,
 Sobre que gira la moderna historia,
 Y el dique opuesto á la feroz corriente
 De la antigua barbárie,
 Enemiga tenaz de nuestra gloria.
 ¿No es en tí do se inspiran
 Esos frailes gloriosos,
 Que llevando por arma la Cruz santa,
 Atraviesan los mares procelosos,
 Y por tierras ignotas y salvajes
 Llevan la osada planta?
 Del apóstol y el mártir ellos guardan
 Vivo y ardiente el épico heroísmo
 En esta edad impía,
 Y derraman la luz del cristianismo
 Al tiempo que su sangre generosa,
 En Libia, y en Japón, y en Oceanía!
 ¡Oh, Hijo del Eterno,
 Jesús Crucificado!
 Tú que sacaste un orbe fulgurante
 Del infecundo seno de la nada,
 Del corazón mortal sacas grandeza,
 Como naturaleza
 Del impuro carbón saca el diamante.
 Sólo pudo tu mano omnipotente,
 De tan vil instrumento
 Sacar tanta armonía;
 Tan sólo tú supiste que latente,
 Bajo el fango vivía
 De puras aguas ignorada fuente!

¡Gloria, oh Cristo, á tu obra indeficiente!
 ¡Gloria á tu excelso nombre
 Con luz de soles en la altura escrito!
 Eres la escala que nos une al cielo;
 Sobre tus huellas místicas va el hombre
 Desde el obscuro suelo,
 Al bien, al ideal, al infinito.
 Tus enemigos dicen, insensatos,
 Que no hay ya ni vestigio
 Del milagro que obró tu voz sagrada;
 Pero mienten, ingratos,
 Que á tu espalda quedó vivo el prodigio,
 Y ofusca con su luz nuestra mirada!
 El alma se redime
 Por tí sólo del polvo, por tí gime
 Buscando en las alturas su camino;
 Y la luz deslumbrante
 Que baja al mundo de tu Cruz sublime,
 Muestra el rasgo divino
 Del hombre miserable en el semblante!

Aun cuando hollara su perverso intento,
 Cuanto hay santo y bendito,
 Religión, y decoro, y sentimiento.
 No así Diego, por cierto. Generosa
 Brillar en él con esplendor sagrado
 La dignidad humana hizo natura,
 Yal barro vil, mezclar supo amorosa
 De un espíritu bueno y elevado
 La noble levadura.
 Era su corazón puro y ardiente.
 La realidad de un sueño
 Buscaba en la existencia, y proyectaba
 Sobre la tierra claridad fulgente,
 Que, cual de un astro cándido y risueño,
 De su alma brotaba.
 La desventura, la orfandad, el llanto,
 Lágrimas arrancaban de sus ojos;
 La virtud respetaba,
 Y ante todo lo santo
 Reverente postrábase de hinojos.
 Diego empero y Conrado amigos fueron,
 Unidos siempre por extraño caso,
 Y fué que el complemento ser, acaso,
 Por instinto uno de otro comprendieron.

Diego adoraba á Marta, encantadora
 Doncella, en el Abril de la existencia,
 Casta beldad, como divina aurora
 Del astro precursora
 De infinita y soñada refulgencia.
 Nunca más casto espíritu en el mundo
 Brilló en más dulce y célica mirada,

I.

DOS AMIGOS

Queridos compañeros de la infancia
 Eran Conrado y Diego.
 De la vida el umbral juntos pisaron,
 Y de la bella juventud gozaron
 Unidos, cual hermanos, la fragancia.
 Y nunca se miraron en la tierra
 Más diferentes séres!
 Cuanto de más contrario el mundo encierra,
 En ellos se encontraba.

Era Conrado

Ardiente, arrebatado,
 Y su vida, entregada á las pasiones,
 Era cual plaustro rápido, arrastrado
 Entre azotes y voces delirantes,
 Por veloces bridones.
 Era su afán dar gusto á su apetito,

Ni se miró jamás risa más pura,
 Ni otra frente de más candor bañada,
 Ni se escuchó otro acento más henchido
 De juventud, de música y dulzura,
 Que alma, risa, mirada, voz y frente
 De aquella niña hermosa é inocente.
 Era el centro de un mundo de armonía,
 De célica belleza y dulce encanto
 Que en su torno giraba:
 Admiración, amor, culto, alegría,
 Todo lo grande y noble
 A su influencia mágica brotaba.
 También la niña á Diego sonreía
 Con pudor adorable,
 Y de amor cielos plácidos le abría
 Su mirada de virgen inefable.

¡Oh celestial unión por Dios bendita,
 De dos almas purísima alianza,
 Ascención de dos vidas venturosas
 A la dicha infinita,
 En alas del amor y la esperanza!
 Sólo en el amor puro halla la mente
 Satisfacción cumplida,
 Sólo á su influjo descender se siente
 La sonrisa de Dios sobre la vida.
 El estruendo del mundo miserable
 Quede para el que anhela goces vanos,
 Y en la sima insondable
 Se lanza del placer, buscando en ella
 De ignotas amarguras los arcanos!

El alma mía en su dolor suspira
 Por ese Edén de amor y ricas galas,
 Y á la luz misteriosa del recuerdo
 Que su entusiasmo inspira,
 Abre las blancas alas,
 Como el ave canora
 Abre las suyas al rayar la aurora.
 Mas ¡ay! esos amores que halagüenos
 Contemplo revolar en lontananza
 Nadando en luz de gloria,
 Las promesas no son de la esperanza,
 Sino huellas de soles
 Que indelebles conserva la memoria!

II.

VOX INFERI

—¿Amas ¡oh Diego! á Marta?
Interrogó Conrado.
—Tu pregunta es inútil, á fé mía,
Pues la adoro.
—Tu amor apasionado
¿A nada sobre el mundo cedería?
—Más fácil—dijo Diego—
Que olvidar ese encanto,
Me fuera el olvidarme de mí mismo;
Sin ella mi existir fuera de llanto,
Sin un rayo de luz, como el abismo.
¿Por qué me lo preguntas?
—Amigo, porque creo
Que nunca debe el hombre confiado,
Entregarse de amor al devaneo
Sin sospechar que un día

UN HEROE

Puede ser engañado.
—Falaz es este mundo, no lo niego,
Pero es un ángel Marta, y con el mundo
De común nada tiene.
—Amor es ciego.
—No, que del alma mira en lo profundo.
—En el alma de Marta
¿Has penetrado acaso?
—¡Es santuario de amor y de pureza!
—¡Júzgalo siempre así; nunca lo dudes!
—Conrado, amigo, á parecerme empieza
Que de infundirme tú sospechas tratas.
—¡Grave daño te haría!
—Pero con tu misterio y tu ironía
¿No miras que me matas?
—¡Muéveme la amistad únicamente!
—Lo sé, pues no es posible
Que un sentimiento insano
En tu pecho se albergue ó en tu mente,
Pues para mí no eres, bien lo sabes,
Amigo sólo, sino dulce hermano.
—Oye, pues, Diego, y mide el sacrificio
Que me prescribe cariñoso celo;
Tiemblo al pensar que voy al precipicio
A despeñarte desde el alto cielo.
Mas eres hombre, y debes valeroso
Recibir este golpe despiadado;
No seré yo quien te haga desgraciado,
Sino el hado enemigo y alevoso.
¡Oh, Diego! Marta bajo el velo casto
De juventud, pureza y hermosura,
Es nomás una ruina encantadora,

Pues la virtud perdió su alma traidora,
Y es ya tan sólo una mujer impura
Disfrazada de vírgen seductora!

Declinaba la tarde. Sus crespones
Desplegaba la noche en el silencio
Sobre la tierra muda;
En el cielo siniestros nubarrones
Desgarrados giraban,
Y con lluvia monótona y menuda
El suelo sin estrépito regaban.
Los vientos arrasantes
Del nebuloso y aterido Enero
Cruzaban el espacio opaco y triste;
Era el mes de los hielos, mensajero
De muerte y de tristura,
Que de luces, y flores, y verdura
A la natura pálida desviste.
Era la misteriosa triste hora
En que la luz se aleja de la tierra,
En que las aves en los nidos pían,
Y el arroyuelo entre las guijas llora.
Mientras la noche sus tinieblas cierra.
Soplaban cierzos fríos, gemebundos,
Cual sepulcrales besos;
Reinaba en torno, del morir la calma:
Diego sentía un frío
Que le helaba los huesos
Y que le helaba el corazón y el alma.
Sentía en su cabeza
Sordo rumor y extraño aturdimiento;
Las palabras oía

Cual venidas de léjos, como acento
De distante campana entre la niebla,
Que toca débilmente una agonía.

Conrado en su relato proseguía
Con cruél insistencia,
Sin ver que estaba Diego mudo y yerto,
Mostrando en su semblante la dolencia,
Que tras ruda agonía,
En su lívida faz retrata un muerto.
Desarrollaba ante sus tristes ojos
Cuadros de horror, de crimen y de llanto,
Cual los que alumbran los fulgores rojos
De la luz infernal, llena de espanto.
Todas las ilusiones que amó tierno
Diego infeliz, mataron una á una
Sus palabras impías;
Y cual las dulces aves que en invierno
Se alejan de la nieve,
Gimiendo se alejaron
De su pecho las blandas alegrías,
Huyendo el golpe del dolor aleve.
Su corazón tan lleno de contento,
Que palpitaba con ardor y brío,
Quedó inmoble y vacío,
En ese horrible y trágico momento.

.....
¿Para qué ya en la altura
El cielo inmensurable se extendía?
¿Para qué ya giraba el rey del día
En el éter sin fin, y la natura
Ostentaba sus galas,

Y derramando célica armonía
Desplegaban los céfiros sus alas?
Cuando en el pecho mueren
Las esperanzas bellas,
Y del alma los plácidos amores,
Todo calla, despíntanse las flores
Y se apagan el sol y las estrellas.
¡Oh mundo hermoso! ¡Oh cielo inmensurable
De refulgentes soles tachonado,
En vuestra inmensidad ¡ay! no se encuentra
Un ricón miserable
Do pueda hallar refugio un desgraciado!

III.

EL COMBATE

Lucha ruda es la vida,
Que en la cuna del niño origen tiene;
Todo instante es verdugo,
Toda frente mortal está ceñida
De corona de mártir.

Nadie al yugo
Del horrible tormento
Escapa la cabeza:
La palabra del hombre es un lamento,
Sus ojos son espejo de tristeza.
¡Dichosos los que cruzan esa puerta
A los ojos del hombre siempre abierta,
Que se llama la muerte, y que aparece
Llena de obscuridad, de horror y espanto!
¡Quien la llega á cruzar ya no padece!
¡Mas allá de esa puerta ya no hay llanto!

La muerte no es horrible, es redentora;
 Es el piadoso fin de la agonía,
 Es la risueña aurora,
 Epílogo feliz de noche umbría.
 ¡Cuán espantosa fuera nuestra suerte,
 Si en medio del dolor, en lontananza,
 No viésemos brillar esa esperanza
 Que se llama la muerte!
 Mas, ¡cuánto tarda á veces
 En libertar á un alma acongojada!
 Conviértese la vida en mar airada,
 El cáliz del dolor hasta los heces
 Entre martirios lúgubres se apura,
 ¡Y aun se sucede un día á otro día,
 Y la existencia aborrecida, dura
 Del propio padecer cual mofa impía!

¡Todos saben morir! El tierno infante,
 La tímida doncella, el débil viejo,
 El hombre de consejo,
 El labriego ignorante;
 El héroe cuya indómita bravura
 Causó á la tierra pánico profundo,
 Y el infeliz esclavo, cuyo mundo
 Fué la ergástula obscura;
 El rico que sucumbe en regio lecho
 De fastuoso aparato rodeado,
 Y el infeliz, que bajo pobre techo,
 Muere como vivió, siempre ignorado.
 ¡Todos saben morir! La misma sombra
 Cubre su faz en el postrer instante:
 En su mustio semblante

La muerte, igual solemnidad derrama;
 Y todos, á pesar de su flaqueza,
 Saben, al dar el alma, con grandeza
 Representar ese terrible drama!

Mas la vida es difícil!
 Es problema
 Que resolver á pocos les es dado.
 Con angustia suprema
 Se ve ese tiempo, porvenir llama'lo,
 Que un misterio sin límites encierra,
 Y ante la vista atónita del hombre
 Se extiende obscuro, innúmero, sin nombre,
 Como inmensa amenaza!

Como el humo es fugaz la blanda calma,
 Ilusión la alegría,
 Y al pasajero júbilo del alma,
 Sigue la eterna tempestad sombría.
 Viene el dolor sañudo,
 Y clava sin piedad su dardo agudo
 Del pecho en la mitad; mueren las flores
 Del vivir en la senda,
 Y estallan los furores
 De las pasiones en feroz contienda!
 ¿Qué hacer entónces? Cuando todo acaba
 Para el mortal, y enloquecido siente
 Hervir su pecho cual volcán rugiente,
 Y circular por sus arterias lava;
 Cuando se abre á sus piés terrible abismo
 Que del mundo y la dicha le destierra,
 Y siente que los cielos y la tierra

Se hunden con espantoso cataclismo;
 Cuando la adversa suerte
 En el dolor sin término le lanza,
 Y entre la negra obscuridad no advierte
 Ni un rayo de esperanza. . . .
 ¿Qué debe hacer? ¡No muere!
 ¡Y es morir su ardentísimo deseo!
 Sólo para el dolor su vida dura,
 Nadie puede aliviar su desventura,
 ¡Triste y abandonado Prometeo!

Hay rebeldes mortales
 Que sólo cuando son dichosos, viven,
 Que de mano de Dios bienes reciben,
 Pero se niegan á aceptar los males.
 Cuando se torna horrible su existencia,
 El conflicto desatan
 Como el nudo de Gordium, con violencia,
 Y cual paganos míseros se matan.
 Otros, henchidos de furor insano,
 El hierro empuñan con airada mano,
 Y con ciego despecho,
 Le clavan en el pecho
 Del enemigo odiado,
 Cuál si á costa de sangre y exterminio,
 La paz perdida hallar les fuese dado!

¡Oh mártir de Judá! Sólo tu acento
 Puede salvar al hombre sin ventura,
 Cuando anegado en llanto y amargura,
 Es cual átomo leve que arrebató
 En su ala negra el huracán violento!

Oyese tu palabra al alma grata,
 De la pasión feroz entre el rugido,
 Cual místico sonido
 De campana piadosa,
 De tempestad en noche pavorosa.
 Sólo tu voz domina el bronco estruendo
 De una dicha que espira entre gemidos,
 Como cuando á la mar subleva el notó,
 Se oye en la nave llena de alaridos,
 El salvador acento del piloto!

¡Es forzoso sufrir! Es el tormento
 Un crisol que el espíritu ennoblece:
 Al través de las lágrimas, parece
 Más bello el azulado firmamento!
 ¡Es forzoso sufrir! Dios eslabona
 Por el dolor, la tierra con el cielo:
 Tiene el sombrío y pavoroso duelo,
 La dicha por espléndida corona!
 ¡Es forzoso sufrir! Somos pequeños,
 Y oscuros, y sin alas, y es preciso
 Crecer, brillar, volar, trasfigurarnos
 Para poder llegar al Paraíso!

En el dintel del cielo
 Hay un arcángel que las puerta cierra
 Al mortal que se acerca con el rostro
 Lleno de la alegría de la tierra;
 Mas cuando llega un alma coronada
 Del mártir con la espléndida diadema,
 Le deja libre entrada

A la gloria suprema,
Y dice: "Ven al templo
Donde se adora á Dios eternamente:
Te reconozco, hermana, que en tu frente,
El sello augusto del dolor contemplo!"

IV.

DOLOR Y AMOR

¿Qué artista consiguió del mar airado
Retratar la violencia,
Cuando parece hirviente y enrespado,
Alzarse contra el cielo en su insolencia?
¿Quién alcanza á pintar el alboroto
Que se agita en el negro firmamento,
Cuando las alas trágicas del noto
Conmueven de los orbes el asiento?
Ante el horror que espanta la mirada
Queda el alma en suspenso;
Todo lo que es inmenso
No se pinta; subyuga y anonada!
Ni videntes ni sabios han podido
Del mundo en las edades,
Pintar de un corazón de muerte herido
Las hondas y calladas tempestades.

Débil es cual rumor la voz del hombre,
 Calor no tiene su palabra vana,
 Y de expresión carecen y de nombre
 Esas tormentas de la vida humana.
 Al pintar del dolor entra en desmayo
 El numen del poeta,
 Porque tinta no hay en su paleta
 Para pintar el rayo!

¿Cómo expresar el hondo desencanto
 De un pobre corazón que sangre brota,
 Ni el drama obscuro que contiene el llanto
 De su amargo licor en cada gota?
 ¿Cómo pintar la pena aterradora
 De un alma en cuyo fondo, en lucha inmensa,
 Una lúgubre noche, sin aurora,
 Poco á poco se abate y se condensa?
 Esas crisis sin formas ni sonidos,
 El alma las comprende con espanto;
 Dramas del corazón, ayes no oídos,
 Que mueven á piedad, y arrancan llanto.
 Mas las comprende sólo con la triste
 Intuición de la horrible desventura,
 Que en todo humano corazón, existe
 La simiente fatal de la amargura!

No tendré la osadía
 De intentar describir la pena impía,
 Que cual flecha acerada
 Se hundió en el corazón del triste Diego;
 El que lleve en el alma sin sosiego
 Una herida jamás cicatrizada,

La podrá comprender, otro ninguno!
 Y el que la entienda, lleno de quebranto,
 Plañendo el propio mal y el mal ajeno,
 Derrame acerbo llanto;
 Pues bajo las estrellas de la altura
 No hay tan gran pesadumbre,
 Como ver de improviso convertidos
 En máscara monstruosa la hermosura,
 Las tintas del candor en torpe cebo,
 Y á la mujer angélica, inocente,
 En intérprete audaz de la serpiente!

¿Qué es vivir sin amar? Triste jornada
 En camino de tumbas, cual la vía
 De la Roma imperial, Apia llamada;
 Marcha triste, sombría,
 Sin astros en el cielo,
 Sin flores en el suelo,
 Sin música en el aire resonante,
 Sin tener hácia atrás ni hácia delante,
 Ni una siquiera de esas lontananzas,
 Que hacen tanto soñar al caminante,
 Y se llaman recuerdos y esperanzas!

¡Oh, mujer! Vaso hermoso
 De espléndidos colores
 Y de oriental perfume!
 En medio de los hondos sinsabores
 Con que el alma se aflige y se consume
 En este ingrato suelo aborrecido,
 Tan sólo tú la embriagas y le brindas
 Ensueños, dicha y bienhechor olvido!

Audaz, apasionado,
 El hombre en su ambición, todo lo abarca,
 Anhelando tener en lo creado
 El prometido cetro de monarca!
 Corre, navega, lucha,
 Intrépido los riesgos desafia,
 Nada le arredra en su arrebató heroico,
 Nada ataja su épica porfia,
 Al seno obscuro de la tierra baja
 A robar á los antros su riqueza,
 Y en barca aérea de ligero lino
 Vuela á hundir en las nubes su cabeza;
 Se lanza en la pelea destructora
 Por conquistar la gloria del guerrero,
 Y despreciando el ceño de la muerte,
 Presenta el pecho al matador acero;
 Pulsa las cuerdas de la dulce lira,
 Y como el arpa eólica, sonada
 De la campiña por el libre ambiente,
 Cantos y risas con pasión suspira,
 Convertida la voz de su alma ardiente,
 En himno del dolor y la belleza
 De este mundo de luz y de tristeza!
 Y todo cuanto anhela y cuanto alcanza,
 Realidad y esperanza,
 La riqueza y la ciencia,
 El poder envidiado,
 De la gloria la hermosa refulgencia
 Y el laúd laureado,
 La dicha y el renombre . . .
 Todo lo quiere el hombre
 Para ofrecerlo del amor en aras;

Pues si todo lo intenta, emprende y doma,
 Es porque todo á la belleza ofrenda;
 Como al Feretrío de la antigua Roma,
 Presentaba después de la contienda,
 El triunfador de irresistible embate,
 Los opimos despojos del combate!

Quitad á la mujer, quitad á Eva
 De en medio del risueño Paraíso,
 Y todo quedará trocado en sombras;
 Jehová por eso quiso
 Dar al hombre esta amiga lisonjera,
 Porque todo es inútil y es horrible,
 Cuando falta esa dulce compañera,
 Luz y calor del corazón sensible!

Cuando ya no se ama,
 Cuando en el corazón muere la llama
 De la fé, cual se apaga en el santuario
 La lámpara sagrada y misteriosa,
 Dejando envuelto en sombra pavorosa
 El templo solitario;
 Una vez que las dulces esperanzas
 Dejan el corazón con raudo vuelo,
 Como las golondrinas que en Diciembre
 Huyen del frío y del nublado cielo;
 Una vez que se rompe en choque rudo
 De la ilusión el irisado prisma,
 Y de la vida en el erial desnudo
 La mirada con lágrimas se abisma;
 Una vez que el mortal siente, llorando,
 El corazón dentro del pecho, yerto,

Cual triste madre que en fatiga inútil
 En sus entrañas lleva un hijo muerto.
 Todo cambia en redor, todo reviste
 Aspecto funeral, lívidas tintas,
 Todo se ve al través de un velo triste;
 Cual si el brazo del Todopoderoso,
 Desmayado por fin, dejado hubiera
 Caer en el abismo el sol lumbroso,
 Y hundirse el mundo en las eternas sombras!
 De la carmínea sangre la corriente,
 Antes rauda y bullente,
 Se descolora súbito y estanca;
 Pierde su brillo la mirada ardiente;
 El labio palidece y ya no ríe;
 Y la frente tristísima, rugosa,
 Tiende á la tierra, de la paz morada,
 Quizás buscando la entreabierta fosa.
 Depone el capitán la invicta espada,
 Deja el artista su cincel divino,
 Y el poeta cantor rompe su lira;
 Y ya sin ideal, muerto el encanto,
 Se sientan á la orilla del camino,
 Aguardando, transidos de quebranto,
 Que la sombra mortal su cuerpo envuelva
 Y desenlace el drama de su llanto!

V.
¡PAZ!

Ved á Diego: lloroso y sollozante
 Al convento camina,
 Que en montaña del pueblo no distante,
 Levanta entre un pinar su mole obscura.
 Agria y pendiente es la vereda estrecha
 Que conduce á la altura,
 Cortada á trechos por enormes rocas,
 De la cima altanera desgajadas
 Y en la senda apostadas,
 Cual si el alto peñón, también asceta,
 Cerrar quisiera al mundo turbulento
 La senda solitaria del convento.

Tan sólo los cartujos, con la planta
 Calzada por sandalia tosca y pobre,
 Cruzan aquel camino pedregoso,

Apoyando su cuerpo enflaquecido
 En báculo nudoso,
 Calada hasta los ojos la severa
 Capucha venerable,
 Bajo la cual se ve la barba austera.

Llegó Diego al pacífico retiro.
 Al pisar sus umbrales silenciosos,
 De su pecho brotó largo suspiro;
 Y torrentes copiosos
 Del estancado llanto
 Que sus rojizos párpados hinchaba
 Y su garganta ahogaba,
 De sus ojos brotó, cual desbordado
 Río que baja de la alzada cumbre.
 Así el niño angustiado,
 Cuando sepulta la cabeza rubia
 En el regazo maternal, exhala
 De sus pesares el acerbo lloro
 Y de sus quejas el doliente coro.
 Y siente luego que á su pecho baja
 ● Dulce consuelo, porque el lloro ardiente
 De los pesares el rigor ataja,
 Cuando al fin se desborda libremente.

Con amante porfía
 Los monjes le rodean,
 Y le preguntan cuál la causa impía
 Es de la angustia que en el alma esconde;
 Mas Diego sólo llora y no responde,
 Que es el llanto un dogal que el cuello oprime
 Y corta la palabra, solamente

Dejando libre paso á los sollozos.
 El anciano prudente
 Provincial del convento, con dulzura
 Le dirige palabras de consuelo,
 Y le exhorta á buscar para su duelo
 Alivio en los ensueños de la altura.

—Padre—le dice al fin el triste Diego
 Con acento angustiado—
 Yo soy muy desgraciado
 Y aquí he venido en busca de sosiego!

Así el poeta augusto florentino,
 Eterna gloria de la especie humana,
 Fatigado del Güelfo y Gibelino,
 Y de la lucha insana
 Que la Italia infeliz de la Edad Media
 A costa de su vida sostenía,
 Caos inmenso, que inspirado había
 Su Divina Comedia;
 Hora tras hora, de sufrir cansado
 La ingratitud horrible de los hombres,
 De su amada Florencia desterrado,
 Vagando á la ventura, con el alma
 Llena de sin igual melancolía:
 A un tranquilo convento llegó un día,
 Y mezclóse entre el coro de los frailes,
 Sombrío y silencioso.
 Al ver su rostro seco y demacrado,
 Lívido y tormentoso,
 En el cual sus pupilas llameaban

Los monjes con pavor se preguntaban,
Si era aquel un espectro levantado
De la fosa temida;
Y, cuando por el pánico turbado,
Arrostrando su vista aterradora,
Le preguntó un hermano qué buscaba,
¡PAZ! contestó con voz desgarradora!

¡Paz! ¡paz! ¡oh! sí, felicidad suprema
Que concibe la mente!
Es el místico emblema
De otro bien soberano
Que el corazón presiente,
Pues sin ella, en el mundo proceloso,
Es la felicidad un nombre vano!
El rico, el poderoso,
El sabio, el celebrado, el victorioso,
A pesar del prestigio refulgente
Que rodea su frente,
Si no disfrutaban la bendita calma,
Tienen sólo un fantasma de ventura,
Pues en el fondo, atormentada su alma,
Zozobra en océanos de amargura.

Las coronas reales
Suelen serlo de espinas;
El ostentoso fausto que los ojos
Deslumbra con su brillo fulgurante,
Es á menudo máscara brillante
De innumerables penas ignoradas,
Que así como á las víctimas antiguas
Las coronaban de graciosas flores

Para ser inmoladas,
Hay humanos henchidos de dolores,
Y rodeados de aparatos vanos
De ventura mentida,
Para quienes es mofa de la suerte,
El mismo brillo y gloria de su vida!
¡Y cuántos, ah! que compasión infunden,
Pobres, humildes, en perpetuo olvido,
En su tranquila vida son dichosos,
Y su modesta dicha sin ruido,
No dieran por el cetro de un monarca!
¡Con razón el Profeta de Judea,
Cuando á aquellos que amaba bendecía,
Esta sencilla frase les decía:
¡PAZ CON VOSOTROS SEA!

¡Ah! de la paz yo quiero la ventura
Para que acabe mi mortal querella,
Aunque la vida mía pobre, oscura,
No deje en este suelo
I e su modesto paso ni una huella,
Cual las aves que cruzan por el cielo!

¡Oh santo soñador, excelso Bruno,
Tú fuiste el fundador de esos retiros
I onde el sosiego entre virtudes mora,
Y donde los suspiros
Pueden brotar del lábio libremente,
Y cruzar el ambiente
Tendiendo al cielo el ala gemidora!
Tú escogiste la cumbre de los montes
Que dominan extensos horizontes,

Para alzar imponente
 La mole de esos plácidos conventos;
 Fortalezas de paz amuralladas
 Por la naturaleza providente,
 Del siglo corruptor contra los vientos.
 En la cima encantada de los Alpes
 Que del turbido Isera
 Forman agria y fragosa la ribera,
 Y allá en la serranía
 De la abrupta Calabria;
 De tu santa, celeste poesía
 Dejaste monumentos memorables,
 Gloria inmortal de tu bendito nombre
 Y refugio del hombre.
 Tú diste ese respiro al seno opreso,
 Lleno de los pesares de este mundo,
 Para que del dolor al crudo exceso,
 No se rompiese el pecho gemebundo.
 Así en lo antiguo, en la montaña dura,
 Abrió paso una raza de gigantes
 Al pletórico Nilo de ondas fieras,
 Para lanzar sus aguas desbordantes
 Sobre áridas regiones
 Donde brotaron oasis y palmeras.

Corrió, pues, Diego á ese refugio santo
 A ocultar su quebranto!
 En las aguas lustrales
 De la fé bendecida,
 Fué piadoso á bañar su triste vida
 Para limpiarla de terrenos males.
 Tomó la cruz con mano enflaquecida,

Y de fé ardiente y de esperanza lleno,
 Emprendió del Calvario la subida,
 Cual lo hizo Jesús el Nazareno.
 Y cual David en su aflicción contrito,
 Las glorias entonó del Infinito
 Nublados por las lágrimas los ojos.

¡Feliz quien comprendió que los abrojos
 Que dejan en la frente cruentas huellas,
 Acabada esta vida, se convierten
 En corona de flores y de estrellas!
 Porque ¡oh ventura inmensa! cuando todo
 Muere para una vida en este suelo,
 Cuando el mortal es réprobo del lodo,
 El escogido puede ser del cielo!

En aquellas alturas,
 Se ensanchaba su pecho con la inmensa
 Aspiración de célicas venturas
 Que presentía su alma;
 Y en medio de la calma
 De aquel retiro santo,
 Do callaban del mundo los ruidos,
 Méno abrasador era su llanto,
 Méno desgarradores sus gemidos:
 Cual si en esa región junto á las nubes
 Se sintiese más cerca de los cielos,
 Y llegasen á él de los querubes
 Los cantos impregnados de consuelos.

Y odiando de la vida las mudanzas,
 Cayó ante los altares reverente,

Y lleno de infinitas esperanzas,
Se consagró al Señor eternamente.

¡Cuán grande es dedicar la vida entera
Al servicio de Dios, poniendo freno
De las pasiones al afán terreno
Para entregarse á la virtud austera!
¡Cuánta envidia me inspiran
Esos santos varones apartados
Del mundo vano, que nomás aspiran
A vivir de rodillas é ignorados!
Nada piden al mundo, nada quieren,
Repudian cuanto anhelan
Los demás hombres, y en sus torpes manos
Dejan de dicha los fantasmas vanos.
Renuncian á su parte de victoria,
Amor, poder, riqueza,
Y abrazan la pobreza,
Y en la santa humildad cifran su gloria.
Son hierbas sus banquetes,
Su lecho el duro suelo,
Sus goces oración y penitencia;
Y en el excelso cielo
Su pensamiento fijo,
Su tesoro y escudo en la existencia
Es tan sólo un austero Crucifijo.
La penitencia ruda
Sus fatigados miembros enflaquece,
Enjútese su rostro y palidece,
Su espíritu del cuerpo se desnuda.
Tómase grave y dulce su mirada,
Manso y blando su acento,

Y retrata su frente sosegada,
El tranquilo esplendor del firmamento.
Su palabra, emitida sin zozobras,
Vuélvese reposada y persuasiva,
Y arder de caridad la llama viva
Siéntese en sus discursos y en sus obras.
Como todos los hombres no son ellos;
Tienen no sé qué místicas señales
De dulzura y amor, que los distinguen
De los demás mortales.
Santo respeto su virtud inspira,
Y dulce confianza:
En medio de este mundo se les mira
Cual ministros de paz y bienandanza,
Que tienen por misión mostrar el cielo
A las almas que oprime suerte dura,
Dándoles esperanza, y á la altura
Haciéndoles tender el manso vuelo.
Es un himno sagrado su existencia,
Que se exhala en la plácida cadencia
Del órgano sublime,
Entre las espirales del incienso,
Que llenas de perfume y oraciones,
Ascienden hasta el sólio del Inmenso.
Y desde el bajo mundo
A los ángeles hacen compañía,
Alzando noche y día
Con ardorosa fé y amor profundo,
De alabanzas sin fin los dulces cantos
Que en los cielos á Dios alzan los santos,